

## La ciudad guetoizada: Buenos Aires en la narrativa de Ana María Shua

### The city of ghettos: Buenos Aires in Ana María Shua's fiction

Agata Draus-Kłobucka  
Uniwersytet Wrocławski (Polonia)  
agata.draus-klobucka2@uwr.edu.pl  
ORCID: 0000-0002-0505-0221

#### Abstract

The article analyzes the image of Buenos Aires in the narrative of Ana María Shua, an Argentine writer of Polish Jewish descent. Urban space plays an important role in her prose described often as apocalyptic or dystopian.

Through a historiographical metafiction, the author rewrites the memory of the ancestors in *El libro de los recuerdos* (2007), a novel that presents the life of Jewish immigrants in the capital of Argentina, divided into neighborhoods marked by their ethnicity. Eroticism and the use of the female body are, on the other hand, the topics that dominate in the author's collection of micro-stories titled *Casa de geishas* (2009), where the brothel is described as a singular ghetto, rooted in the city panorama. Finally, the novel *La muerte como efecto secundario* offers a dystopic description of a future of a ghettoized city, where compulsory geriatric ghettos become a reality. The article, based on the analysis of the aforementioned works, presents a critical look at the use of the concept of “ghetto” or “urban island” in the construction of the narrative structure and space in Ana María Shua's fiction.

**Keywords:** ghetto, dystopian city, Buenos Aires, metafiction, urban island

Ana María Shua (n. 1951) es una de las autoras más destacadas de la generación de las escritoras argentinas contemporáneas, junto con Angélica Gorodischer (n. 1928) y Liliana Heker (n. 1943), entre otras. Se trata de un grupo heterogéneo que

cuenta con el reconocimiento internacional cada vez mayor, sobre todo en Estados Unidos (Zapata, 2001, p. 203). La autora empezó a publicar a una edad muy temprana y sigue haciéndolo con un gran éxito tanto entre los lectores, como los críticos: ha recibido varios premios y es reconocida en España principalmente por la creación del microrrelato (Cenizo Ruiz-Bravo, 2018, pp. 189-192). No obstante, en Argentina son más populares sus seis novelas, además de los cuentos infantiles y ensayos humorísticos. Los investigadores de la obra de Ana María Shua indican una serie de motivos y temas que permiten estudios multidisciplinares de alto grado de complejidad, siendo las claves temáticas más frecuentemente abordadas: la metaficción, la visión distópica del mundo, la recuperación de la memoria, la herencia judía, los lazos familiares, el erotismo y la fantasía (Dahl Buchanan, 2000; Di Gerónimo, 2010; O'Connell, 1999, Pollack, 2001). En el presente artículo, partiendo de las investigaciones anteriores, se ofrecerá una reflexión sobre la importancia de la noción “gueto” para la investigación de esa narrativa que denuncia varias formas de violencia colectiva, localizada mayormente en el espacio urbano.

La palabra “gueto” ha sido utilizada en relación con la narrativa de la escritora argentina por Fernando Reati en una monografía sobre la literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (2006). El investigador analiza las imágenes de la ciudad fragmentada en la prosa de varios autores, entre ellos, en la novela *La muerte como efecto secundario* de Ana María Shua que se desarrolla en el espacio de la Buenos Aires “guetoizada social y espacialmente” (2006, p. 94). Reati se refiere principalmente a la aplicación del término “gueto” a los barrios pobres de las metrópolis americanas (en primer lugar, norteamericanas) del siglo XX, y lo extiende de acuerdo con los estudios sociológicos actuales que utilizan la misma noción para hablar de “los guetos de la riqueza” (Valdés, 1999). Sin embargo, un análisis de otras obras narrativas de la autora argentina demuestra que el concepto del “gueto”, entendido de manera más amplia, puede constituir una clave de interpretación muy interesante no solamente de la novela mencionada, sino también de otros textos de Ana María Shua.

Luis Wacquant, un sociólogo francés, indica que “las ciencias sociales han hecho un uso extenso del gueto como un término descriptivo, [pero] no han logrado forjar un concepto analítico robusto del mismo” y, como modo de abarcar el concepto en su totalidad, menciona tres áreas mayores a partir de las cuales éste se construye: “la historiografía de la diáspora judía en los inicios de la Europa moderna y bajo el nazismo, la sociología de la experiencia negra norteamericana en las metrópolis del siglo XX y la antropología de los excluidos por motivos étnicos en África y Asia Oriental” (2004, p. 72). Ahora bien, la herencia judía de Ana María Shua y su pertenencia a la diáspora (sus abuelos paternos, llamados Schoua, fueron inmigrantes judíos del Líbano y Marruecos, mientras que los maternos, judíos también, emigraron de Polonia), su vida en una familia judía (atea, pero perteneciente a la comunidad judía de Buenos Aires, distinta por su cultura y costumbres del resto de los habitantes; Shua, 2012, pp. 34-35), en una ciudad latinoamericana muy heterogénea desde el punto de vista

étnico y, finalmente, el surgimiento de las tendencias de la segregación residencial en Buenos Aires durante su juventud y vida adulta son circunstancias que se manifiestan de varias maneras en la obra de la autora<sup>1</sup>.

Tomando en cuenta los cuatro elementos que según Wacquant forman parte de ese “instrumento socioorganizacional” que es un gueto (el estigma, la restricción, el confinamiento espacial y el encasillamiento institucional; Wacquant, 2004, p. 72), se pueden nombrar tres textos de Shua que permiten observar su peculiar interpretación creativa del tema: *El libro de los recuerdos*, una novela ficticia inspirada por la historia familiar de la escritora y protagonizada por una familia judeo-argentina; *Casa de geishas*, una colección de microrrelatos que pone en el centro la institución del prostíbulo; y *La muerte como efecto secundario*, una novela distópica sobre la Buenos Aires futura organizada alrededor de las “islas urbanas”, unas comunidades cerradas de los ricos, los pobres (delincuentes), la clase media y los viejos. Como se verá más tarde, se trata de una visión polifacética de una sociedad marcada por la herencia de un pasado difícil, en vista de un desarrollo nocivo que favorece el crecimiento de las diferencias sociales y la creación de los “guetos urbanos de desesperanza, violencia y crimen” (Sabatini, Brain, 2008, para. 84), cuyas víctimas son frecuentemente las mujeres.

Como señala Wacquant, el término “gueto”, según las primeras aproximaciones de la ciencia social (norteamericana) se refería en primer lugar a “las concentraciones residenciales de judíos europeos en los puertos marítimos del Atlántico, y se distinguía claramente del «barrio bajo» [*slum*] como área de graves problemas de vivienda y de patología social”<sup>2</sup> y “se expandió durante la era del progreso para abarcar a todas las zonas urbanas en las que los exóticos recién llegados se reunían, principalmente inmigrantes de clase baja” (Wacquant, 2004, p. 73). En *El Libro de los recuerdos* el narrador (uno de varios que coexisten en la novela) menciona el puerto de Odessa como el punto de partida del abuelo Gedalia (judío polaco) de Europa a América, la tierra prometida, a finales de la segunda década del siglo XX. No obstante, directamente después la voz que dialoga con el narrador cuestiona esa versión de la historia (“¿Seguro que fue en Odessa? Los inmigrantes no se embarcaban en Odessa”; Shua, 2007), ya que el intento de la autora fue no solamente contar la historia, sino también demostrar la imposibilidad de un relato fiable y único. De esta manera incurre en el terreno de la metaficción historiográfica (un término propuesto y elaborado por Linda

<sup>1</sup> Además de la obra ficticia, donde la herencia judía de la autora se manifiesta de manera más clara en *El libro de los recuerdos* y *Cuentos judíos con fantasmas y demonios* (1994), Ana María Shua vuelve a sus raíces culturales en los libros de humor: *Risas y emociones de la cocina judía* (1994), *El pueblo de los tontos: humor tradicional judío* (1995), *Sabiduría popular judía* (1997).

<sup>2</sup> El origen de la palabra se remonta a Italia medieval y tiene una etimología confusa (como señala Wacquant, viene del italiano *giudeca*, *borgueto* o *gietto*, del alemán *glitter* o del hebreo *get*), refiriéndose a “la asignación forzosa de los judíos a zonas especiales por las autoridades políticas y religiosas de las ciudades” (Wacquant, 2012, p. 74).

Hutcheon; 1998) donde las novelas “[e]n su relación con los hechos del pasado [...] no producen un concepto de historia, sino que lo cuestionan y sugieren que reescribir o representar el pasado en la historia y la ficción es, en ambos casos, abrirlo hacia el presente, evitando que se vuelva concluyente y teleológico” (Viu, 2007, para. 47).

Gedalia Rimetka vino a Argentina en un barco con otros inmigrantes, de varias nacionalidades, pero de una clase social similar: todos eran pobres y querían buscar una vida mejor al otro lado del Atlántico (el abuelo prefería ir a “América, la verdadera, la del Norte”, pero los documentos falsificados solo le permitían entrar en la América del Sur, “esta pobre América”; Shua, 2007). Gedalia (que varias veces en la novela demuestra un carácter antiheroico) resulta ser racista, sobre todo durante su primer contacto con el otro continente: “Llegaron primero a Pernambuco. Había negros, había indios, hacía mucho calor. Al abuelo no le gustó” (Shua, 2007). La ciudad de Buenos Aires le pareció mejor: “mucho más aceptablemente América. Comparable a Varsovia, Buenos Aires. Una ciudad” (Shua, 2007), y fue acogido por sus autoridades sin inconvenientes, gracias a la política abierta de la inmigración que dominaba en la Argentina de la época (Dapía, 2008, p. 56). Sin embargo, Rimetka nunca llegó a asimilarse. Gedalia durmió primero en un hotel de inmigrantes y después se fue a vivir a las colonias judías de Entre Ríos. Ese episodio, muy corto, muestra una de las opciones que realmente tenían los judíos cuando venían a Argentina a caballo de los siglos XIX y XX. Aunque no eran guetos obligatorios, esas asociaciones de carácter agrario sí fueron institucionalmente creadas y mantenidas, y de alguna manera cumplían la función de un gueto: los judíos vivían en el campo, limitados a la coexistencia dentro de su propio grupo étnico y religioso, sin ganas ni planes de asimilación (Levin, 2017, p. 198).

Es, precisamente, la cuestión de la difícil asimilación la que domina en el libro. Los investigadores de la población judeo-argentina hablan de los “guetos urbanos”, enumerándolos entre los problemas vividos por la comunidad en el país de acogida:

conflicts over religions, language, and the social customs (including legal institutions), the drama of preserving cultural and religious identity versus assimilation, Jewish agricultural settlements and urban ghettos, anti-Semitism (including the particularly problematic status of Jews under recent neofascist military dictatorships), and the pertinence of certain themes of Jewish identity to shifting social issues in Argentina (Foster, 2001, para. 1).

La familia Rimetka vive precisamente en un gueto étnico urbano que difiere de las comunidades europeas de los judíos (así como de los guetos creados por los nazis durante La Segunda Guerra Mundial). Quedarse a vivir entre otros judíos era, hasta cierto grado, la decisión voluntaria de los inmigrantes que se sentían mejor entre los representantes de su propia cultura. Las autoridades hacían muy poco para cambiar esa situación; su esfuerzo es representado por la figura de la maestra en el colegio de Silvestre, el hijo mayor de los Rimetka:

La abuela le tenía un poco de miedo a la maestra, que era para ella casi un funcionario de control fronterizo, alguien destacado por las autoridades de inmigración para vigilar desde adentro a las familias inmigrantes y asegurarse de que se fundieran, se disgregaran, se derritieran correctamente hasta desaparecer en el crisol de razas (Shua, 2007).

La asimilación es, por tanto, mostrada como un peligro y no una oportunidad, ya que las políticas urbanas no aseguraban el derecho a mantener la cultura de origen e insistían (a través de una campaña de “argentinization”; Dapía, 2008, p. 59) en la homogeneización de la población. Sin embargo, al menos en el libro de Ana María Shua, sus intentos parecen fracasados. En el capítulo “La abuela” se muestra la extensión hasta la cual llegaba el cierre de la comunidad judía:

[...] todos son judíos vienen y dicen, que la mujer que te limpia en la casa también es judía, que los obreros de las fábricas son judíos, que los mendigos que te piden en la calle son judíos, que te pida plata un linyera judío, mirá si va a limpiarte la casa muchos años una mujer judía. Pero aunque sea que te limpie muchos años, la hija de esa mujer seguro ya estudia en la facultad (Shua, 2007).

En el fragmento citado puede notarse también otro aspecto muy importante que, según la protagonista-narradora (una narradora peculiar, ya que habla desde la tumba), distingue a la comunidad judía: una gran ambición que les permite ascender en la escala social de su nueva patria. Sin embargo, siguen dentro de los mismos círculos culturales que aseguran la conservación de la tradición. La familia Rimetka, a pesar de hablar casi solamente en castellano (tras la recomendación de la maestra), sufre por esa obligación: Silvestre no puede pronunciar la erre y es objeto de burlas de sus compañeros de clase, y la abuela se pregunta: “¿Acaso en castellano una mujer le puede decir a un hombre que lo quiere? No puede” (Shua, 2007).

Como señalan los investigadores, el caso de los inmigrantes judíos es especial, porque venían de varios países, y por tanto la lengua yiddish era la lengua común de todos los asquenazíes, muy difícil de abandonar a favor del castellano. La comunidad lingüística crea en la novela un sentimiento de pertenencia. Los que viven fuera de la comunidad judía, de su propio “gueto urbano”, son “de otro lado”, no “de la colectividad”: el abuelo Gedalia conduce sus negocios intentando aprovechar esta brecha: “iba a la Richmond y al Bar León porque era prestamista y tenía clientes en los dos lados. Con los clientes de la colectividad se encontraba en el Bar León y con los otros en la confitería Richmond” (Shua, 2007). Los hijos de Gedalia aseguran varias veces que no se trata en su caso de la fe ni religión (lo cual parece directamente inspirado de la experiencia propia de Ana María Shua), sino de las costumbres. La tradición no le permite a Gedalia aceptar el noviazgo y después el matrimonio de su hija Judith con un cristiano, lo cual lleva a la ruptura de los lazos familiares que dura diecisiete años. Esa postura queda ridiculizada en el libro por los descendientes:

El abuelo Gedalia no comía chancho porque está prohibido por la religión.  
 El abuelo Gedalia no comía chancho en público.  
 El abuelo Gedalia era un chancho (Shua, 2007).

A pesar de una creciente tendencia por mezclarse con el resto de la sociedad argentina (compuesta, en gran parte, por los inmigrantes: gracias a las políticas de inmigración la población de Argentina se dobló entre los años 1895 y 1914, siendo la mitad de los habitantes de Buenos Aires nacidos en otros países; Dapía, 2008, pp. 57-58), sigue muy fuerte la conciencia de pertenecer a una comunidad aparte. En el libro domina la impresión de que se trata de una decisión autónoma de los judíos, pero el sociólogo Wacquant advierte de la falsedad de esta aproximación subrayando que la concentración de los inmigrantes en los barrios étnicos “es una forma de urbanización altamente peculiar distorsionada por las relaciones asimétricas de poder entre grupos etnoraciales, una forma especial de violencia colectiva concretizada en el espacio urbano” (Wacquant, 2012, p. 76).

En *El libro de los recuerdos*, ya en el primer párrafo, se menciona un grupo social particularmente amenazado por la violencia colectiva: “Peligros acechaban a las mujeres. Aquí, a las mujeres, las ponían a trabajar de putas” (Shua, 2007). En el capítulo narrado por la abuela aparece otra vez la cuestión:

Era jovencita yo, pero ya tenía mi experiencia de la vida y también sabía que era peligroso hablar con cualquier hombre una chica joven porque acá estaba las Dos Torres, que traían tantas mujeres engañadas y no tan engañadas de Polonia para ponerlas en ¿cómo se llama? Las casas esas que les decían los quimonos, los prostíbulos (Shua, 2007).

El problema mencionado en la novela no es ficticio: “between 1875 and World War I, women were often imported from Europe for prostitution, or trapped into it by criminal organizations” (Dapía, 2008, p. 65). Ahora bien, si volvemos a una de las acepciones del término “gueto” propuestas por Wacquant (“un pabellón urbano delimitado” y “un concepto relacional del gueto como un instrumento de encierro y control”, 2012, p. 74), podemos afirmar que el prostíbulo funciona, de hecho, como un gueto. Cerrado y separado del resto de la ciudad, tiene las mismas funciones que el “gueto nuevo” que existió en Venecia del siglo XVI, diseñado

para permitirle a la ciudad-estado cosechar los beneficios económicos de la presencia de los judíos (incluyendo rentas, impuestos especiales y leyes forzosas) y al mismo tiempo proteger a sus residentes cristianos del contaminante contacto con cuerpos percibidos como sucios y peligrosamente sensuales, portadores de sífilis y vectores de la herejía, además de llevar consigo la mancha de ganar dinero mediante la usura, lo que la iglesia católica colocaba al mismo nivel que la prostitución (Wacquant, 2012, p. 74).

El mismo mecanismo puede verse en el tomo de microrrelatos *Casa de geishas*, donde la autora desarrolla el tema del prostíbulo. Es interesante que tanto en el *Libro*

de los recuerdos, como en la colección de relatos aparece la referencia a la cultura oriental. Al parecer, no se trata de una idea original de la autora, sino de un fenómeno característico en la Argentina de la época, una asociación frecuente entre las geishas y las prostitutas, tal y como indica la declaración de la abuela Rimetka: “Las casas esas que les decían los quimonos, los prostíbulos” (Shua, 2007). En el segundo texto de *Casa de geishas* leemos: “Claro que no es una verdadera Casa y las geishas no son exactamente japonesas; en épocas de crisis se las ve sin kimono trabajando en el puerto y si no se llaman Jade o Flor de Loto, tampoco Mónica o Vanessa son sus nombres verdaderos (Shua, 2009, p. 264). Aunque por la naturaleza genérica de los textos (la brevedad del microrrelato, frecuentemente comparada con la estética de la concisión de las culturas asiáticas antiguas) *Casa de geishas* puede orientar al lector hacia el orientalismo, parece que la cultura japonesa sirve aquí más bien como un punto de partida, sobre el cual se construye cierta imagen, tal y como indica Miriam Di Gerónimo:

Desde los estudios culturales se puede demostrar cómo la cultura japonesa más tradicional dialoga como un palimpsesto con la época moderna en la transformación paródica y occidental de *Casa de geishas* en un prostíbulo del puerto.

Otra visión, siguiendo los dichos de la autora, permite desechar toda referencia histórica verdadera y simplemente tomar como base las fantasías que los occidentales tejemos alrededor de la palabra geisha, como un ícono erótico. Todos los asedios son válidos y la ductilidad de la obra resiste distintos análisis que iluminan diferentes aspectos de un volumen singular (2010, p. 22).

El giro oriental parece embellecer la imagen del prostíbulo descrito en el libro, regalarle un encanto que sin embargo no llega a encubrir la naturaleza del establecimiento. “Parcializa la mirada de los hombres” (Shua, 2009, p. 271), leemos en uno de los microrrelatos, y en otro: “Las mujeres se disfrazan para hacerse más atractivas, se disfrazan para cumplir las más feroces fantasías” (p. 275). A pesar de un ambiente misterioso, en parte surrealista, creado por los microrrelatos (en el libro hay clientes fantasmas, un hombre “convenientemente moreno, de gran tamaño” que protege el orden de la Casa, “planta” a los clientes problemáticos en el jardín, lo cual resulta en unas “peculiares floraciones”, y a los clientes se les ofrecen fantasías creadas por otros; p. 270 y 311), varios textos permiten adivinar la cruda realidad de la vida en un prostíbulo, como se verá más adelante.

Las mujeres se ven obligadas a participar en las sesiones de gimnasia “[p]ara mantener sus cuerpos gráciles” (p. 308) y se quedan relegadas fuera de la sociedad hasta en la muerte (al igual que los judíos en la Venecia del siglo XVI, sus cuerpos “percibidos como sucios y peligrosamente sensuales, portadores de sífilis y vectores de la herejía”; Wacquant 2012, p. 74): “La Casa es muy antigua. La comunidad no acepta que los cadáveres de las pupilas sean enterrados en el cementerio común, donde se entierra a las secretarías, a los técnicos electrónicos o a los miembros de la



Cooperadora Escolar” (p. 296). La parte dedicada a las habitantes de la Casa, “la Zona Prohibida”, es separada por la tapia, aunque algunos difuntos la cruzan para adentrarse en el terreno de las prostitutas (el humor, también negro, y la ironía son rasgos característicos de toda la obra de Ana María Shua).

La Casa constituye un conjunto casi independiente, como se demuestra en el microrrelato titulado “Multitudes”: “La Casa es enorme, su fama es enorme. En víspera de días festivos, una multitud agobia a sus pupilas. En la planta baja hay una sala de primeros auxilios, en todas partes hay baños, en el tercer piso un bufé y una morgue pequeña comparten el *freezer*” (p. 306). Esa imagen morbosa, donde el bufé y la morgue comparten el congelador, hacen pensar en los campos de concentración, en la prisión y los lugares de internamiento forzado, todos ellos establecimientos de violencia sistémica dirigida principalmente hacia las mujeres, aunque no solamente (en el microrrelato “Simulacro” que yuxtapone la realidad cruda de la Casa con una visión fantasmagórica de las mujeres sin ombligo, de “vientres tan lisos, tan inhumanamente lisos” se menciona también a los travestis; p. 264). La ilusión de un sitio de ocio y encanto creada en esas narraciones escuetas refleja las ideas sobre la casa de geishas que prefiere tener la sociedad, pero no se defiende ante los comentarios irónicos y las denuncias de los narradores. En “Imitación” se revela la miseria del lugar: “Burdel de pueblo que imita famoso burdel de la capital que imita burdeles de Nueva Orleans que imitan la idea que los americanos tienen de los burdeles de París. Burdel de pueblo, copia lejana: balcones de terciopelo rojo, mujeres de hierro forjado” (p. 289). Son víctimas en una sociedad que el narrador del microrrelato “Formas de llegar” divide según la etnia, y donde “[l]os del Este acuden secretamente”, mientras que “[l]os del Oeste van todos juntos, en pleno día, fuera del horario de trabajo”, una imagen denunciadora del machismo latinoamericano: “Los hombres entonan canciones alusivas mientras danza el cortejo de mujeres que los sigue a cierta distancia. Cuando ellos entran, sus legítimas esposas y sus novias los aguardan afuera, intercambiando chascarrillos y chanzas con las pupilas de la Casa, que se asoman desnudas por las ventanas” (p. 268). No hay vencedores en este conflicto, lo cual puede entenderse a partir de la minificción “Reservas de la Esfinge”: “Para pertenecer reiteradamente a uno o muchos hombres y, sin embargo, reiterar el deseo, reservar una zona intocable o prohibida: un clásico cofre en el armario, la piel de antebrazo izquierdo, el primer lunes de cada mes, por la mañana, cierto verano de la adolescencia” (p. 284). Las grandes ausentes de los microrrelatos de *Casa de geishas* son las prostitutas mismas. El narrador casi no les cede la palabra ni presenta su punto de vista, existen solamente para satisfacer los deseos de los clientes y, de esta manera, cumplir el deseo superior de la madama: la ganancia económica.

De hecho, el motivo del prostíbulo es un tema recurrente en la crítica literaria feminista, dado que es representado frecuentemente en la literatura, y en la hispana, ya a partir de la literatura medieval española:



Dentro de la macrosociedad masculina de la Edad Media, encontramos a menudo cuatro categorías de microsociedad femenina: el convento, el prostíbulo, la casa de una viuda, y la casa gobernada por una mujer durante la ausencia de su marido. Estas categorías de sociedad femenina varían mucho en su permanencia, su estabilidad, y su autonomía frente a la macrosociedad masculina: el convento es normalmente la sociedad más permanente, estable y autónoma, y la casa de un marido ausente suele tener estas cualidades en menor grado que las otras categorías (Deyermond, 2008, p. 82).

El caso del prostíbulo es distinto y muy complejo: dentro de la casa se desarrolla una jerarquía específica, regida por la cultura misógina, pero practicada por las mujeres (el poder masculino suele ser representado por la madama). Sin embargo, se trata de un establecimiento donde las mujeres, a diferencia de su situación en la casa de un marido, adquieren en algunos casos cierta autonomía y acceso al trabajo (aunque en otros se les prive de todos los derechos; la autora de este texto es consciente de una complicación enorme del tema). En *Casa de geishas* podrían analizarse, por tanto, además de la situación socioeconómica, el *voyeurismo* y la mirada misógina, las maneras de representar a las mujeres, el lenguaje femenino y su perversión (Murcia Martínez, 2016), la sexualidad masculina y femenina, la violencia de género, la imagen de la prostituta en la urbe, y otros factores que suelen tomarse en cuenta a la hora de estudiar la presencia del prostíbulo en la literatura latinoamericana y mundial (Cánovas, 2003). En un corto estudio comparativo centrado en el concepto del gueto desgraciadamente no puede realizarse un examen exhaustivo de todas las cuestiones mencionadas y solo se ofrecen algunas claves de la lectura.

La cantidad de los temas y motivos que caben en las minificciones del tomo *Casa de geishas* es enorme (solo se ha comentado aquí la primera parte de la colección, homónima del título del libro; la siguen otras dos partes: “Versiones” y “Otras posibilidades”), demostrando otra vez la capacidad de la autora en la creación de una red de significados complejos. Aunque la primera lectura del texto orienta hacia la interpretación en la clave de la metaficción, sugerida directamente por el microrrelato inicial (“Reclutamiento”, que termina con una comparación entre el burdel y “un libro de cuentos o de poemas, a veces incluso una novela”; p. 263), seguramente no es la única vía de análisis del libro. La morfología social jerarquizada que sitúa a las mujeres en el escalón más bajo se refleja en el espacio de la Casa, en su dimensión interna, pero también urbana y social. Aunque no se trata de un grupo étnicamente separado del entorno, conserva las principales limitaciones que impone la existencia dentro de un gueto auténtico que:

agudiza la frontera entre la categoría excluida y la población que la rodea al profundizar el abismo sociocultural entre ellas: hace a sus residentes objetiva y subjetivamente más disimilares de otros habitantes de la ciudad sometiéndolos a condicionamientos especiales, de manera que los patrones de cognición y conducta a los que dan lugar tienen todas las

posibilidades de ser percibidos desde afuera como singulares, exóticos, incluso aberrantes, lo que alimenta las creencias prejuiciosas acerca de ellos (Wacquant, 2012, p. 79).

El mismo interés, esta vez orientado no hacia el pasado, sino hacia el presente y el futuro cercano, puede reconocerse en el último de los tres textos narrativos elegidos para demostrar la vigencia del concepto de gueto en la prosa de Ana María Shua. Se trata de *La muerte como efecto secundario*, la novela cuya acción se desarrolla, tal y como se ha indicado al principio, en “una Buenos Aires guetoizada” (Reati, 2006, p. 95). La visión distópica de una ciudad donde el poder ya no reside en las manos de las autoridades, sino de las corporaciones y de la clase rica se representa a través de un largo monólogo epistolar de un hombre fracasado, Ernesto Kollody. El protagonista depende psíquica— y emocionalmente de su padre anciano, a pesar de ser él mismo de una edad ya avanzada, divorciado y con hijos con los cuales no mantiene contacto; abandonado por una amante que lo sigue obsesionando (es la destinataria de sus cartas) y que lo traicionó de manera doble, acostándose con el ya mencionado padre. Otra vez, se trata de una prosa impregnada de significados complejos, con muchas lecturas posibles. Lo que interesa para el presente artículo es precisamente la visión casi apocalíptica de la ciudad de Buenos Aires que funciona como metonimia de los personajes (cerrados por sus propias emociones que los limitan y les impiden vivir de manera independiente del progenitor que sigue manteniendo control sobre la existencia de sus hijos). La urbe es dividida en los barrios tomados (donde reina la delincuencia), los barrios cerrados (espacios habitados por la clase adinerada, fuertemente guardados) y la tierra de nadie (en vista de convertirse en barrios tomados; es el espacio donde vive el protagonista, y donde los ciudadanos no pueden salir a la calle por riesgo de ser atacados). En ese ambiente opresor el espacio no sirve solamente como escenario de la acción, sino que adquiere protagonismo, a veces incluso sobre los personajes. Interesan especialmente las Casas de recuperación: asilos de ancianos obligatorios donde la clase media tiene que internar a sus padres so pena de unas consecuencias legales graves.

Preguntada por la decisión de situar la acción en el futuro, la autora declara:

[M]e convenía que los geriátricos fueran obligatorios. Para eso, necesitaba que la acción pasara en el futuro. Para eso, debía llevar hasta las últimas consecuencias las tendencias que se están viendo en este momento en la sociedad argentina. Así, aunque sucede en el futuro, no es una novela de ciencia ficción sino de anticipación, una utopía negativa, como la de Orwell, sólo que aquí el horror no brota de un estatismo absoluto, sino todo lo contrario, de un estado de cuasi-anarquía (Dahl Buchanan, 1998).

En ese estado crecen las diferencias entre varios grupos sociales y se crean los guetos urbanos (Valdés, 2010<sup>3</sup>, para. 39). Los barrios cerrados son protegidos por “una barre-

---

<sup>3</sup> La investigadora aduce varias aproximaciones al término en relación con “las nuevas formas de organización del espacio urbano” que constituyen “sectores donde habita una minoría separada del resto

ra de alambre tejido, con las habituales casetas de los guardias” y llenos de espacios amplios porque “[a]lgunos chalets habían sido derribados para ampliar los jardines o convertirlos en parques. La población era escasa en comparación con otras zonas de la ciudad, pero con tan buen poder adquisitivo que justificaba la importancia del centro de compras” (Shua, 1997, p. 77). Con excepción de un caminódromo de vistas artificiales (una de escasas referencias al futuro), los barrios cerrados de Ana María Shua responden perfectamente al fenómeno del “Barrio Privado” descrito por Michael Janoshka, investigador de los estudios sociológicos de la ciudad:

En Buenos Aires, el Barrio Privado es comercializado como un auténtico estilo alternativo de vida. La vigilancia del complejo es parte de una serie de servicios que no tiene demasiadas alternativas en el mercado inmobiliario. Los Barrios Privados son comercializados por una coalición de empresas inmobiliarias y grandes periódicos, e incluso promovidos por las administraciones municipales (Janoshka, 2002, p. 17).

La novela de Ana María Shua parece una realización directa, en el mundo ficticio, de las características de “[l]as nuevas formas urbanas [que] poseen un carácter marcadamente insular, con características que no aparecen en los modelos tradicionales de ciudad latinoamericana”: “[l]a difusión de complejos habitacionales vigilados para las clases acomodadas”, “[l]a tendencia a construir complejos habitacionales vigilados cada vez más grandes, que en algunos casos sobrepasan el tamaño de pequeñas ciudades” y “[e]l creciente aislamiento y accesibilidad de los barrios de la clase baja. En la práctica esto representa una pérdida territorial de facto para el Estado, que en los últimos años se ha agudizado. Por otra parte, la clase media-baja se aísla por miedo a la criminalidad de los barrios marginales” (Janoshka, 2002, pp. 23-24). El panorama descrito por el sociólogo se refleja en los taxis de puertas blindadas que utilizan los protagonistas de *La muerte como efecto secundario*, en los ataques frecuentes a los coches y apartamentos, al miedo constante en el que viven los habitantes de la “tierra de nadie”.

La razón principal de la delincuencia indicada en *La muerte como efecto secundario* es la inaccesibilidad del trabajo que resulta en un aislamiento social de todos los barrios de la pobreza. Como resultado, al otro extremo de las islas urbanas de los ricos, se crean en la novela los barrios tomados que

van sufriendo un proceso de degradación que la sola miseria no puede explicar. Sólo aquí, en su propio lugar, los vándalos tienen la posibilidad de expresarse en forma perfecta y absoluta sin temor a ningún tipo de represión. Idiotizados por la droga o por el odio, o por el aburrimiento y la frustración que provoca la falta de trabajo o vaya uno a saber por qué, jóvenes y viejos destruyen su propio entorno, se destruyen sistemáticamente a sí mismos

---

*de la sociedad*” (la cursiva del original) y donde se habla de “la reciente aparición de guetos de pobres y de ricos para referirse a las modalidades de uso del suelo urbano residencial enmarcados en el actual contexto de la globalización signada por la dualización urbana” (Valdés, 2010, para. 39).

y sin embargo, en lugar de desaparecer a fuerza de canibalismo, se reproducen y crecen como una mancha sucia de bordes deshilachados, uno de los tumores que invade la ciudad (Shua, 1997, p. 67).

Aunque, según Wacquant, “las despreciadas villas miseria del área urbana de Buenos Aires al final del siglo XX son territorios de degradación y descomposición de la clase trabajadora, no contenedores étnicos dedicados a mantener a un grupo excluido en una relación de subordinación y aislamiento” (Wacquant, 2012, p. 77), en la novela *La muerte como efecto secundario* funcionan seguramente como guetos.

El espacio urbano descrito en la narrativa de Ana María Shua, en su análisis profundo de la realidad finisecular de la metrópolis latinoamericana, vuelve a las tendencias presentes a finales del siglo XIX y principio del siglo XX: segregación y fragmentación, acompañadas de la marginalidad causada por varios factores. En *El libro de los recuerdos* presenciamos la situación de la segregación étnica, donde una colectividad étnica se separa del resto de la sociedad, cerrándose en una suerte de gueto: un vecindario étnico. La falta de las políticas urbanas de la asimilación otras que la imposición del castellano como el único lenguaje en las escuelas hace que la integración de las minoridades étnicas (la judía, en el caso de la prosa de Ana María Shua) dure tanto, y que tengan que sucederse dos generaciones para que empiecen a borrarse las fronteras entre “la colectividad” y “los otros”. Sin embargo, es éste el momento cuando en Argentina empieza la dictadura militar, llamada en el libro “La Época del Miedo”, que vuelve a romper los lazos recientemente creados. El terror vivido por los argentinos, comparable al horror de los campos de concentración de los nazis por un lado exige un comentario de los artistas, necesita su lugar en la memoria común, y, por otro, es muy difícil de contar, tal y como declara la autora: “Llamo memoria a lo que la mayor parte de la gente llama memoria. La palabra se ha cargado de una connotación moral entre los judíos, a causa del Holocausto, y entre los argentinos, a causa de la Dictadura. Recordar, No Olvidar, son mandatos éticos” (Dahl Buchanan, 1998). Una parte de esa experiencia dura es la violencia dirigida hacia las mujeres, tanto sistémica como existente fuera del sistema, pero aceptada por la sociedad. Un símbolo potente de ese poder sobre el cuerpo femenino es el prostíbulo que puede interpretarse, tal y como se ha visto, como un gueto particular, una forma de internamiento y marginalización institucionalizada: tema mencionado por Ana María Shua en sus novelas, y desarrollado en *Casa de geishas*. El mismo destino les espera a los ancianos en las Casas de recuperación en *La muerte como efecto secundario*, esos guetos a los que condena ya no la etnia, sino la edad. Al parecer, los procesos de la integración urbana, parados por el periodo del Proceso de Reorganización Nacional, no pudieron completarse y resultaron en la creación de unas tendencias de segregación nuevas, basadas, esta vez, en el poder del dinero.

Los protagonistas de las tres obras analizadas viven o en un gueto entendido (según las tres acepciones que propone Wacquant, 2004, p. 73) como “un pabellón ur-

bano delimitado” (las prostitutas), o dentro de “una red de instituciones específicas al grupo y una constelación cultural y cognoscitiva (valores, actitud mental o mentalidad) que conllevan el aislamiento sociomoral de una categoría estigmatizada” (las tres generaciones de la familia judeo-argentina de los Rimetka) o sufren “el truncamiento sistemático del espacio vital y las oportunidades de vida de sus miembros” (los habitantes de la Buenos Aires futura). De esta manera, aunque la palabra “gueto” no se menciona directamente en ninguna de las obras analizadas, la creación literaria de Ana María Schua es un campo muy apropiado para el estudio de las formas de violencia y discriminación sistémica y cultural en la fundación y desarrollo de las metrópolis latinoamericanas contemporáneas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cánovas, R. (2003). *Sexualidad y cultura en la novela hispanoamericana: la alegoría del prostíbulo*. Santiago: Lom Ediciones.
- Cenizo Ruiz-Bravo, C. (2018). Entrevista a Ana María Shua. *Microtextualidades*, 3, 187-192.
- Dahl Buchanan, R. (1998). Historiographic Metafiction In Ana María Shua's *El libro de los recuerdos*. *Revista Interamericana de Bibliografía*, 48.2. Recuperado de: [http://www.educoas.org/portal/bd-digital/contenido/rib/rib\\_1998-2/articulo1/article.aspx?culture=pt&print=true](http://www.educoas.org/portal/bd-digital/contenido/rib/rib_1998-2/articulo1/article.aspx?culture=pt&print=true) [consulta: 01.02.2021].
- Dahl Buchanan, R. (2000). Visiones apocalípticas en una novela argentina: *La muerte como efecto secundario* de Ana María Shua. *Revista Iberoamericana*, LXVI, 192, 545-555.
- Dapia, S.G. (2008). Polish and Jewish Identities in the Narratives of Ana María Shua. *Polish American Studies*, LXV, 2, 53-69.
- Deyermond, A.D. (2008). Hacia una lectura feminista de la *Celestina*. *Medievalia*, 40, 74-85.
- Di Gerónimo, M. (2010) Intimidad, deseo y erotismo en *Casa de geishas* de Ana María Shua. *Cuadernos del CILHA*, 13, 21-29.
- Foster, D.W. (2001). Ana María Shua: yddish and cultural memory. In R.D. Buchanan (ed.), *El río de los sueños: Aproximaciones críticas a la obra de Ana María Shua*. Washington: Interamer. Recuperado de: [http://www.educoas.org/Portal/bd-digital/contenido/interamer/interamer\\_70/ens3\\_2/index.aspx?culture=en&navid=221](http://www.educoas.org/Portal/bd-digital/contenido/interamer/interamer_70/ens3_2/index.aspx?culture=en&navid=221) [consulta: 01.02.2021].
- Hutcheon, L. (1988). *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. New York: Routledge.
- Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. *Revista eure*, XXVIII (85), 11-29.
- Levin, Y.J. (2017). *Las primeras poblaciones agrícolas judías en la Argentina (1896-1914). Crisis y expansión de las colonias fundadas por The Jewish Colonization Association*. Buenos Aires: Editorial Teseo.
- Murcia Martínez, M. del C. (2016). *La pervisión del lenguaje femenino en relatos de Ana María Shua y Silvina Ocampo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid [tesis doctoral].
- O'Connell, P.L. (1999). Historical Memory, Parody, and the Use of Photography in Ana María Shua's *El libro de los recuerdos*. *World Literature Today*, 1. Recuperado de: <https://www.thefreelibrary.com/Historical+Memory%2c+Parody%2c+and+the+Use+of+Photography+in+Ana+Maria...-a054743310> [consulta: 01.02.2021].
- Pollack, B. (2001). Scribe of Time and Memory: [Con]Textualizing the Jewish Experience in Ana María Shua. In R.D. Buchanan (ed.), *El río de los sueños: Aproximaciones críticas a la obra de Ana María Shua* (pp. 117-128). Washington: Interamer.
- Reati, F. (2006). *Postales del porvenir: la literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Buenos Aires: Biblos.
- Sabatini, F., Brain, I. (2008). La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves. *Revista Eure*, XXXIV (103). Recuperado de: [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0250-71612008000300001&script=sci\\_arttext&tlng=en](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0250-71612008000300001&script=sci_arttext&tlng=en) [consulta: 01.02.2021]. DOI: 10.4067/S0250-71612008000300001.
- Shua, A.M. (1997). *La muerte como efecto secundario*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Shua, A.M. (2007). *El libro de los recuerdos*. Buenos Aires: Emecé Editores [Ebook].
- Shua, A.M. (2009). *Cazadores de letras. Minificción reunida*. Madrid: Páginas de Espuma.
- Shua, A.M. (2012). “¿Vos, escritora judía?”, dijo mi bobo. In V. Dolle (ed.), *Múltiples identidades. Literatura judeo-latinoamericana de los siglos XX* (pp. 29-41). Madrid: Iberoamericana-Verveurt.
- Valdés, E. (1999). La ciudad dual y los nuevos fragmentos urbanos: los guetos de la riqueza. *Administración Pública y Sociedad*, 12, 1-16. Recuperado de: <https://ffyh.unc.edu.ar/alfilo/anteriores/alfilo-18/pdf/valdes.pdf> [consulta: 01.02.2021].

- Valdés, E. (2010). Fragmentación y segregación urbana. Aportes teóricos para el análisis de casos en la ciudad de Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba. Recuperado de: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/alfilo/antiores/alfilo-18/pdf/valdes.pdf> [consulta: 01.02.2021].
- Viu, A. (2007). Una poética para el encuentro entre historia y ficción. *Revista Chilena de Literatura*, 70, 167-178. Recuperado de: [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0718-22952007000100008&script=sci\\_arttext](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0718-22952007000100008&script=sci_arttext) [consulta: 01.02.2021]. DOI: 10.4067/S0718-22952007000100008.
- Wacquant, L. (2004). Las dos caras de un gueto. La construcción de un concepto sociológico. Trad. M. Silva. *Renglones*, 56, 72-80.
- Zapata, M. (2001). Argentinas, escritoras y de buen talante. *Hispanística*, XX (18), 199-216.